



EL CAMINO DE LA CRUZ: AYER Y HOY

“Oremos los unos por los otros. Aceptemos las cruces que Dios nos envía. Sin duda ha tenido usted en su vida días de gran tristeza. Los ha soportado cristianamente. Nosotros, los ministros de un Dios crucificado, debemos participar en la cruz de nuestro Divino Maestro”.

(Polycarpe TUFFIER, 26 de abril de 1871)



El camino de la cruz de nuestros hermanos fusilados

Una forma de empezar a apreciar la experiencia de nuestros cuatro hermanos que fueron fusilados en la Comuna de París es a través de una selección de textos tomados del libro *“¡Más que sus vidas! La vocación Picpus en tiempos de terror”* del P. Marcel Bocquet SSCC.

El P. Bocquet pinta con viveza el telón de fondo de su último día y último viaje en esta tierra, un camino de la cruz que vino como consecuencia de hacer suyas “las actitudes, opciones y tareas de Jesús” (Const. art. 3).



- “El cortejo salió esta vez por la puerta principal frente a la iglesia. Fue hacia las 5. Por última vez, los rehenes pudieron saludar a su Maestro por quien iban a morir y del que **en este momento revivían la subida al Calvario**. Ya los habían paseado durante una hora bajo los abucheos de la multitud. Nuevamente tuvieron que emprender el camino de la cruz. El P. Radigue había comentado durante mucho tiempo a sus novicios y sus hermanos el artículo del capítulo preliminar de la Regla: ‘Todos los miembros de la Congregación deben reproducir, en lo posible, la vida crucificada de nuestro divino

Salvador, practicando con celo y prudencia las obras de mortificación cristiana, especialmente reprimiendo los sentidos”.

- “La cólera puede ser ciega. Hay que reconocer que este viernes por la tarde, 26 de mayo de 1871, habría sido difícil encontrar un escenario más adecuado para el drama que se desarrollaba: un patio en el que comparecían los rehenes, un balcón desde el que se proclama la sentencia, un terreno vago donde se colocan el pelotón de ejecución y los soldados de la escolta mientras que más allá del estanque se aglomera la multitud, un reducto cerrado, una especie de escena clausurada por altos muros en los que rebotan las balas. **Ni siquiera falta este montículo de tierra que recuerda al Calvario”**
- “Desde el Calvario, todos los testigos de Cristo han estado como su Divino Maestro, saciados de oprobios, torturados en su alma no menos que en su carne. Y he aquí que en la calle Haxo, después de haber sido colmados de ultrajes a lo largo de su doloroso camino, se cebaban en sus cadáveres. Habían sido conducidos al suplicio por una banda militar. Se habían quejado de los acentos de una banda de marcha enemiga. Ahora yacían de cualquier manera bajo un salón de baile. Pero también sus sepulcros se volverían gloriosos”.

Jesús cae muchas veces ...

"Mientras el sargento mayor Geantry presentaba valientemente su pecho a un marinero federado que con insultos en su boca le apuntaba, se veía a un sacerdote de cabello blanco y elevada estatura apresurarse e intentar protegerlo con su cuerpo. 'Tres tiros a ese', gritan las mujeres que se han colado a la primera fila entre los asesinos. Alcanzado en plena frente, el padre cae y luego levanta los brazos como para continuar su gesto de protección... La tradición ha reconocido al Padre Tuffier como el viejo sacerdote" (*¡Más que sus vidas!*).

Debido a que Jesús se identifica con el más pequeño de sus hermanos y hermanas (Mt 25, 45), podemos decir que Jesús sigue cayendo hoy en día. Cae en solidaridad con los desempleados, con los sin techo, con el joven sin rumbo, con el anciano que tiene que estirar su pensión para alimentar a su familia, con los niños que son maltratados...

Al mismo tiempo, Jesús también se identifica con la Iglesia (Hch 9). La Iglesia, como Jesús, está llamada a llevar la cruz y, como Jesús, la Iglesia peregrina debe esperar caer -como lo ejemplifican nuestros cuatro hermanos de París- mientras lleva a cabo su misión de participar en la pasión salvadora, en la muerte y la resurrección de Jesús. A diferencia de Jesús, la Iglesia también cae bajo el peso de sus propios pecados. Aún así, Dios nos ha invitado a nosotros -el pueblo de Dios- a participar en hacer visible y real -en y para el mundo- todo lo que se había logrado plenamente a través de la encarnación de su Hijo. Como comunidad de "discípulos misioneros" heridos estamos llamados "a completar en nuestra carne lo que falta a las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia" (Col 1,24). Como dice San Juan Pablo parafraseando a Jesús: "¡Ven! Participa con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, una salvación conseguida con mi sufrimiento" (*Salvifici Doloris*, 26). Así, la Iglesia peregrina que lleva la cruz es aquel pueblo que, por medio de Cristo y su Espíritu, intenta cada día salir de su yo herido y entrar en el doloroso camino del amor, entrar en una solidaridad redentora con la humanidad herida. Es evidente que no solo la muerte de Jesús es reparadora y salvadora, sino que también lo es el camino que lo llevó a ofrecerse como parte esencial de su obra redentora.

"Haced esto en memoria mía"

Claramente hay un costo para el discipulado, un costo para "hacer esto en memoria mía". El camino de la cruz para Jesús termina con él despojado de todo, incluyendo su sentido permanente de ser amado por el Padre. Muchos de los más cercanos a él, aquellos a los que amaba, lo traicionarán, lo negarán y huirán de él. Mientras rezaba en Getsemaní, el temor mental y espiritual ante lo que le esperaba debía ser terrible. Igualmente, de sus cartas desde la prisión, también adquirimos un sentido del agonizante viaje interior que cada hermano tuvo que hacer al responder al incesante llamado de Jesús para seguirlo a él y a su ejemplo. Jesús fue clavado en una cruz en la que murió. Los cuatro hermanos de la calle Haxo junto con otros 46 fueron abatidos a tiros "como conejos" (Robert Tombs, *La Comuna de París*, 1871).



Hacer esto en memoria de Jesús es abrazar toda su vida. Esto es lo que muchos de nuestros hermanos y hermanas estaban haciendo en París en 1871. Y cuatro de ellos, en particular, encarnaron plenamente las palabras de Jesús registradas en los evangelios sinópticos:

"El Hijo del Hombre debe sufrir muchas cosas terribles", dijo: "Será rechazado por los ancianos, los principales sacerdotes y los maestros de la ley religiosa. Será asesinado, pero al tercer día resucitará de entre los muertos".

"Cuando Cristo te llama, te ordena que vengas y mueras"
(Dietrich Bonhoeffer, *El costo del discipulado*)

En muchos sentidos se puede decir que el camino de la cruz es realmente un viaje que cada persona nacida tiene que hacer. Es la invitación a morir a sí mismo, a ser menos egoísta y ser más amoroso, más compasivo, más reconciliado con la pequeñez de la vida, con lo que la vida nos arroja. No todas las personas son capaces o quieren hacer tal viaje -por todo tipo de razones-. En la comunidad cristiana el camino de la cruz fluye directamente de una elección consciente de seguir a Jesús. Querer ser como Jesús -un hombre con una pasión por Dios y una pasión por la humanidad- normalmente implica un paso adelante y dos pasos atrás, pero aún así lo intentamos. El discipulado es algo que evoluciona, madura y se desarrolla.

Ronald Rolheiser identifica tres etapas en el discipulado que, de alguna manera, pueden ser comparadas con el desarrollo humano: *El Fuego Sagrado: Una visión para una madurez humana y cristiana más profunda*. La primera etapa que él llama discipulado esencial tiene que ver con la lucha por unificar nuestras vidas (quién soy, cuál es el significado de mi vida, etc.) La segunda etapa, el discipulado maduro, tiene que ver con la lucha por entregar nuestras vidas (vivir menos para nosotros mismos y más para los demás). La tercera y última etapa es el discipulado radical, la lucha por entregar nuestras vidas (en resumen, querer y esperar que nuestras vidas puedan ser útiles para los demás). En cierto modo, esta percepción puede ayudarnos a comprender cómo se desarrolla el camino de la cruz en nuestras vidas.

“Existe una buena muerte. Somos responsables de la forma en que morimos. Tenemos que elegir entre aferrarnos a la vida de tal manera que la muerte se convierta en nada más que un fracaso, o dejar ir la vida en libertad para que podamos ser entregados a otros como una fuente de esperanza” (Henri Nouwen).

“La propuesta es vivir en un nivel superior, pero no con menor intensidad: «La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás”. Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: “Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión”. Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”

(*Evangelii Gaudium*, 10)

Para la reflexión personal y comunitaria

1. Para compartir con la comunidad: ¿Qué es lo que más te ha llamado la atención de esta hoja de reflexión y por qué?
2. Para la lectura personal: Leed los capítulos XII y XIV buscando ponerse en la piel de nuestros cuatro hermanos fusilados.



ADORACIÓN

Introducción

El camino de la cruz se encuentra dondequiera que haya gente. Inevitablemente implica sufrimiento. El sufrimiento, aunque a menudo insoportable, puede traer consigo ciertos dones. Pensemos en San Pablo en su carta a los Romanos que afirma que el sufrimiento puede traer resistencia, carácter y esperanza (Romanos 5,3). El sufrimiento también puede ayudar a sensibilizarnos sobre el sufrimiento de otras personas, puede evocar compasión y respeto. El camino de la cruz de Cristo lo vio haciendo el bien, acercándose a personas necesitadas, físicas, emocionales, espirituales. Quería estar cerca de ellos y ayudarlos en su sufrimiento. Al mismo tiempo, el sufrimiento puede ser una llamada de atención, un momento de conversión. También puede llevar, en algunos casos, a una vida de oración más profunda, una relación más profunda con Dios.

Canto inicial

Evangelio: Lc 7,11-17

Poco después viajó a una ciudad llamada Naín, y sus discípulos y una gran multitud lo acompañaron. Mientras se acercaba a la puerta de la ciudad, se estaba llevando a un hombre que había muerto, el único hijo de su madre, y ella era viuda. Una gran multitud de la ciudad estaba con ella. Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: "No llores". Se adelantó y tocó el ataúd; ante esto los portadores se detuvieron y dijo: "Joven, te digo que te levantes". El muerto se sentó y empezó a hablar, y Jesús lo entregó a su madre. El miedo se apoderó de todos ellos, y glorificaron a Dios, exclamando: "Un gran profeta se ha levantado en medio de nosotros", y "Dios ha visitado a su pueblo". Esta noticia sobre él se extendió por toda Judea y en toda la región circundante.

Reflexión



"Me pregunto cuánto nos conmueven las movilizaciones sociales y los gritos por la justicia y la dignidad que se expresan en nuestros diversos países, desde Ecuador, Chile, pasando por Francia y Estados Unidos hasta la India y la República Democrática del Congo. Y cuánto nos dejamos afectar por el dolor de las víctimas de los abusos de poder, de sexualidad y de conciencia en la Iglesia y cuánto nos afecta la vergüenza de los autores, que también están entre nosotros" (Alberto Toutin ssc).

Silencio

Tiempo para compartir

Padre Nuestro

Bendición

Oración

Señor, te damos gracias por el don que nuestros hermanos Ladislas, Polycarpe, Marcellin y Frézal son para la Congregación y para la Iglesia. Que su ejemplo de fe y confianza en Ti en sus últimos momentos de terror nos mueva a llegar a otros que se enfrentan a dificultades. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.